



El Asesinato de Monseñor Romero

Mons. Romero fue asesinado ante el altar cuando se disponía a ofrecer a Dios el pan y el vino. Poco antes había terminado su homilía pidiendo que el sufrimiento y la sangre de los salvadoreños se transformasen en justicia y paz para nuestro pueblo.

Nacional e internacionalmente su muerte ha sido vista como el martirio de un profeta, sacerdote de Cristo y voz del pueblo. Nunca desde la muerte de Juan XXIII se ha conmovido tanto el mundo por la muerte de una figura eclesial. Mons. Romero es ahora alabado y glorificado, ha recibido un nombre imperecedero y es honrado como mártir de Cristo y héroe del pueblo.

Nada de esto, sin embargo, nos debe hacer olvidar que su muerte fue un asesinato político, planeado de antemano, para terminar con su persona y con su obra. Se asesina a quien estorba. Y Mons. Romero fue un gran estorbo para muchos. En un país en que se silencia y tergiversa la verdad y en que impera la mentira, estorbaba su palabra veraz. En un país en que miles de asesinatos suceden impunemente y nada se hace para encontrar y castigar a los culpables, estorbaba su denuncia valiente y objetiva. En un país en que se intentan diversos proyectos políticos al margen o en contra del pueblo, estorbaba su apoyo, crítico y condicionado, pero apoyo a fin de cuentas, a un proyecto democrático y popular. Mons. Romero fue un estorbo para la oligarquía y para todos aquéllos que a diario dan muerte al pueblo. Y fue también una incómoda figura para quienes quieren imponer un proyecto político, gestado fuera de nuestras fronteras, y mantenido artificialmente sin apoyo sólido popular.

Sean quienes fueren los autores materiales de su muerte, no cabe duda de que se trata de un asesinato político y con consecuencias claramente políticas. Con este asesinato se ha pretendido dejar al pueblo en la orfandad, privarle de su voz valiente e insobornable, y de un liderazgo lúcido, que precisamente por no ser partidista, sino fundamentalmente ético, era tanto más eficaz, profundo y popular. Y con este asesinato se ha pretendido también provocar al pueblo, hiriéndole en sus más íntimos sentimientos como pueblo. Se ha pretendido lanzarle a una loca aventura, para que el dolor de la herida privara de lucidez a su lucha. Diabólico asesinato que pretendió no sólo segar una vida más, sino empobrecer, provocar y aniquilar al pueblo.

Si nos unimos hoy a tantas voces que cantan el martirio de Mons. Romero, manifestamos también nuestro repudio y condena a su asesinato. Han matado al hombre bueno, al amigo, al sacerdote cercano a su pueblo; pero han querido también matar al pueblo, atemorizándolo y adormeciéndolo o desafiándolo y provocándolo. Por ello este crimen es especialmente aborrecible y de lesa patria, porque en Mons. Romero han querido asesinar lo más noble, lúcido y orientador para el pueblo salvadoreño.

Se intenta repetir una vez más la historia evangélica: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados", decía Jesús poco antes de su muerte. Pero añadió también una trágica amenaza: "Tu casa quedará desierta". Desgraciado hoy también el país que mata a sus profetas, aniquila a sus jóvenes, tortura a sus campesinos y elimina a quien le indica el camino correcto. Un país así no sobrevivirá, quedará desierto y desolado.

Nos queda la esperanza de que el asesinato de Mons. Romero no sea sólo un asesinato, sino que se convierta en verdad en martirio profético, semilla viva, incómoda pero orientadora para el país. Lo peor que le puede ocurrir a Mons. Romero es que le sigan dando muerte, que lo entierren de verdad, aun en las formas sutiles de hablar de él, pero no hablar como él, recordando su misión en favor de las mayorías pobres, pero no prosiguiéndola, domesticando en fin su memoria peligrosa. Muy trágico sería que la opinión internacional, el país e incluso la misma Iglesia preparase a Mons. Romero un espléndido mausoleo, adornado con las flores del panegirico, pero dejándolo allí solo. Ese sería el verdadero y definitivo asesinato de Mons. Romero.

Esperamos más bien que el asesinato de Mons. Romero sea una auténtica resurrección. Con la fe en el evangelio creemos que él ya ha resucitado y ha sido acogido en los brazos del Padre. Pero nos queda a nosotros la tarea de hacer que resucite en verdad en nuestra historia, proclamando de nuevo la verdad sobre el país, prosiguiendo su hondo patriotismo, su amor a las mayorías pobres, la nitidez de su denuncia, el apoyo a lo mejor de la causa del pueblo, su anhelo de justicia y el calor de su esperanza.